MARION CINTIA SUBERVIELLE

"Mon bijou"

Marion Subervielle, 30 años, de nacionalidad francesa y madre de una niña de 10 meses, atendía en la recepción de la Biblioteca Nacional a los usuarios, especialmente a los extranjeros que necesitaban de intérprete, dado su conocimiento de idiomas. Había estudiado en Estados Unidos e Inglaterra, y llegó a la Universidad de Alcalá de Henares en 1996 matriculada en un curso de español. Allí conoció a José Luis Sánchez San Frutos, su novio, con quien convivía desde hace unos años en una calle céntrica de Alcalá. "Marion era francesa, muy francesa, algo que se notaba en su elegancia a la hora de vestir", relata su cuñado Jesús. "Pero sin dejar de ser muy francesa, amaba España y pensaba quedarse a vivir aquí para siempre". Ana, una de sus compañeras de trabajo, muy afectada porque han muerto cuatro trabajadores de la Biblioteca Nacional, comenta que Marion era muy sencilla y buena amiga. "Me

ayudó en momentos difíciles", añade. "Siempre estaba alegre. No paraba de tararear canciones españolas, le gustaba La Unión y Radio Futura". Sus últimos meses fueron felices. Todo el rato hablaba a sus compañeros de Inés, su niña. "Estaba entusiasmada con su bebé. Antes de carnaval pasó un par de días pensando en el disfraz de Inés, y hace poco nos enseñó las fotos de la niña disfrazada de Minnie, la novia de Mickey. Estaba encantada". La familia viajaba con frecuencia a Pardies, un pueblo cercano a Pau, para que los abuelos franceses fueran conociendo a la nieta. Marion siempre hablaba con su hija en francés porque quería transmitirle la lengua. A Inés a menudo la llamaba *mon bijou,* mi joyita. La última vez que su marido, José Luis, vio a Marion con vida, ella estaba terminando de vestirse. Él entraba al cuarto de baño. Justo antes de meterse en la ducha, él le dijo: "Espera un poco antes de marcharte que quiero darte un beso". Pero Marion iba con prisa, y cuando José Luis salió ella ya se había ido.— MIGUEL MORENO

DANUTA TERESA SZPILA

Una tarde para recordarla

Modista, de 28 años, polaca. Barrio de la Estación de Alcalá de Henares. Un piso alquilado en un bloque de ladrillo con muebles añejos y bodegones en las paredes. Ocho amigos polacos se reúnen. Hay bebidas y dulces sobre una mesa. Sucedió ayer y no fue una fiesta, ni una cena como de costumbre. Todos eran jóvenes, vestían de colores oscuros y ninguno reía. Ayer se citaron en casa de Danuta para recordar a Danuta, que no estaba. Cerró hace cuatro días la puerta de su vivienda, bajó dos tramos de escalera de terrazo, anduvo apenas cien pasos y se subió a un tren rojo en dirección a Nuevos Ministerios. Allí cuidaba a dos niños de ocho y seis años en casa de un médico, una familia que la quería e ignoraba que un día se pasarían horas buscándola, esperándola sin éxito en un improvisado tanatorio madrileño. Por las tardes, Danuta regresaba a Alcalá y limpiaba aquí y allá por horas. Eran, dicen todos, una mujer reservada, amable, cuidadosa, a la que nunca oyeron una crítica sobre otra persona, ni una mala palabra. Había estudiado costura y le gustaba salir, bailar, leer novelas románticas, cocinar recetas polacas. Sus amigos y su hermano Andrej —que se instaló hace no mucho en Alcalá animado por ella— se pasaban ayer de mano en mano como una reliquia el álbum de fotos de la última fiesta, celebrada hace apenas diez días. En las imágenes se ve a una Danuta relajada, morena, con aspecto de española y sonrisa franca. Ayer, todo lo que Danuta fue un día esperaba en el Tanatorio Sur de Madrid a que la burocracia permita su regreso a Grodzisko Dolne, el pueblo donde nació en Polonia y de donde partió ilusionada hace cinco años. La comunidad polaca en Alcalá es muy extensa, tiene ya tradición y solera. Se conocen, se visitan, organizan comidas y barbacoas. En una de ellas, celebrada junto al río Henares, conoció Danuta a su novio, Krysztof. Y ayer Krysztof no pudo estar mucho rato en esta celebración improvisada. No podía resistir la ausencia de la novia. Querían casarse y regresar a su tierra.— LOLA HUETE MACHADO.

JOHN JAIRO RAMÍREZ BEDOYA

Nostalgia de Colombia

John Jairo Ramírez, de 37 años, era clavadito a un personaje de una serie de la televisión colombiana al que llamaban NN (Ene Ene), así que el muchacho se quedó con el mote. Los amigos no pueden evitar la sonrisa cuando se acuerdan. En Pereira, la ciudad de Colombia donde nació Jairo, los terremotos no tienen piedad pero a él le tocó morir en España. Ahora vivía en Torrejón de Ardoz y trabajaba en una empresa de limpieza, pero algún tiempo lo pasó empleado en una granja de cerdos en Turégano, un pueblo de Segovia. Allí se afincaron y viven todavía algunos de sus amigos de Pereira. Jairo se acercaba hasta allí a menudo. "Sobre todo el 31 de diciembre. Era un día muy especial, asábamos un marrano y tomábamos aguardiente. Venía a casa de mi madre, donde vivió algunos meses", recuerda un amigo. "Nos

conseguía tarjetas para llamar por teléfono, era un muchacho muy generoso". Y también alegre y futbolero. En España optó por el Real Madrid y en su tierra era hincha del Nacional. Y del Deportivo de Pereira. La ilusión de Jairo era un clásico entre los que tienen que dejar su tierra: ir trayendo a la familia. Pero su madre se resistía, y él quería viajar para convencerla. Por otro lado, ansiaba volver con los ahorros y trabajar en la floristería de su madre. Un amigo peruano que tiene un hermano en Ginebra recuerda que cuando le enviaban chocolate desde aquella ciudad lo compartía con Jairo y su familia. "A la perrita que tenía John Jairo le encantaba el chocolate, y cada vez que me pasaba por su casa venía a saludarme", se ríe. El peruano recuerda la ayuda mutua cuando el trabajo brillaba por su ausencia y las cervezas al acabar la jornada. "Era amoroso y romántico con su señora". María llegó al velatorio abrazada a la bandera colombiana.— CARMEN MORÁN

PILAR CABREJAS BURILLO

"Siempre notaba su beso"

Pilar, de 37 años, vecina de Alcalá de Henares y empleada de Telefónica, siempre le daba un beso a su novio Jesús antes de irse a trabajar, a las seis de la mañana. A esa hora, él aún dormía, pero "siempre notaba su beso", recuerda conmovido. Pilar llevaba 15 años trabajando en la misma empresa, en la calle de Orense de Madrid. Desde pequeña, cuando la familia se había trasladado a Alcalá procedente de Valparaíso de Abajo (Cuenca), vivía en el barrio Juan de Austria, primero con sus padres y sus hermanos, Félix y Francisco, y a partir de los 26 años, con Jesús. Cuatro años antes, Jaime (ahora su cuñado) le había retado: "¿A que no te atreves a pedirle salir a Pilar?". Ella era dos años mayor que él, "una chica seria, organizada, algo así como la profesora del resto de nosotros".

Una mujer fuerte. Meticulosa. Y sin embargo tenía una salud delicada. Sufría una enfermedad crónica intestinal, la de Crohn. Hace tres meses, mientras cuidaba de su padre enfermo y de su madre, que se había roto primero un hombro y después una pierna, sufrió un agravamiento de su dolencia. Pidió la baja a regañadientes, pero se entregó más al papel de enfermera que al de enferma. Debilitada por un tratamiento médico agresivo, buscaba apoyo en Jesús, "su gordito". A pesar de todo, Pilar sacaba fuerzas para disfrutar y, sobre todo, para hacer disfrutar. Estaba escribiendo una novela. Encontraba tiempo para el mus, ese juego que tanto le gustaba y que inspiró el nombre de su perro: *Mus.* Y seguía riéndose, como aquella tarde antes de su muerte, cuando salió a pasear con Jesús. Al verlo con sus zapatillas nuevas y sus mallas, no pudo aguantar la carcajada. Los dos querían viajar a la playa ahora que ella se encontraba mejor. Para entonces, Pilar esperaba haber recuperado sus 54 kilos. Desde el 1 de marzo había vuelto al trabajo. Cada mañana emprendía el viaje desde Alcalá hacia Madrid. Puntual.— SARAY MARQUÉS

EVA BELÉN ABAD QUIJADA

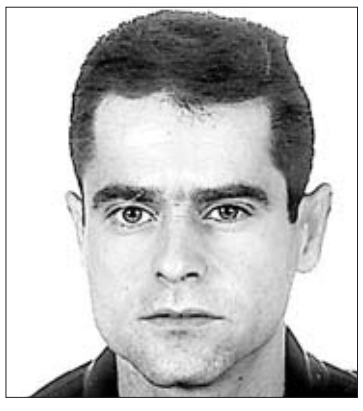
La protegida de la familia

Eva tenía 30 años y trabajaba en una administración de lotería. Su familia la protegía mucho. Ella y su hermano pequeño viven con sus padres, en Coslada. El segundo, Alberto, tiene una habitación en casa de su tía. La cuarta hermana, la más seria, se casó y se fue de casa, a Mejorada del Campo, siempre en el sur madrileño, el de los obreros. También Eva se fue, para vivir con su pareja. Pero hace un año y medio tuvo problemas y no se lo pensó dos veces: volvió a casa y encontró otra vez la protección que había perdido. Lo pasó mal, pero ahora estaba empezando a ser feliz otra vez, dice su hermano. En el atentado también ha muerto un compañero suyo de la mili.

Alberto lleva un brazo en cabestrillo. Se lo rompió en el Ifema, de rabia, cuando le confirmaron que su hermana estaba entre los fallecidos. El dolor físico le libera del otro. Se enteró en el

Ifema, pero ya lo sabía. Cuando escuchó en la radio lo del atentado, y oyó que las bombas estaban en las plataformas, estuvo seguro. Porque Eva siempre se colocaba por esa zona, para estar más cómoda. Pero Alberto estaba de guardia en la empresa donde trabaja de vigilante y no podía salir a comprobar lo que ya temía.

Aunque tenía contrato fijo en una administración de lotería, estudiaba para ejercer su verdadera pasión: quería ser maquilladora. Era la hermana mayor, pero nunca ha ejercido. La protección familiar a la que había decidido volver también le acompañaba el sábado. Más de 50 personas abarrotaban la pequeña salita del Tanatorio Sur que les habían dejado. Una enorme familia. Alberto se queda con la idea de que han arrancado el alma de toda esa gente. Pero lo que más le duele es tener que ocupar un puesto que nunca había querido: el de hermano mayor.— CARLOS CUÉ



JOSÉ MARÍA CARRILLERO BAEZA

El conserje puntual

José María Carrillero tenía 39 años y trabajaba como conserje. "Era un hombre muy casero", dicen sus familiares. Todos los días hacía el mismo trayecto. Salía de Parla para ir a la estación de Atocha. Cambio de tren, y hacia Nuevos Ministerios. Después, 10 minutos andando hasta la casa donde trabajaba, junto al Bernabéu. Siempre acudía a su hora.

Su esposa y él llevaban tres años casados, pero habían sido novios durante 13. No tenían hijos, aunque a José María le encantaban los chavales. "Acababa de tener un sobrino hacía cuatro meses y estaba como loco. Él y su mujer planeaban tener críos, lo que pasa es que trabajaban los dos", comenta su cuñado Vicente. Con su otro sobrino, de 15 años, solía ir a pescar a un estanque de Parla. Devolvían vivos al agua los peces que pescaban.Al igual que su hermana, José María nació en Burdeos, donde habían emigrado sus padres. Siendo todavía muy pequeño, la familia vino a Madrid; ahí nació su otro hermano. Vivieron algunos años en la avenida de Oporto, hasta que el padre abrió un bar en Fuenlabrada. Ahora vivía en Parla.

José María se mostraba siempre dispuesto a echar una mano, bien para arreglar una aspiradora o para subir el cierre del salón de belleza de la esquina. Cristina, una de las vecinas del edificio donde trabajaba, le escribe una carta en la que destaca su "ejemplar forma de trabajar". Y añade: "Pero sobre todo tu calor y amor hacia todos nuestros hijos y nietos, que tanto querías y cuidabas: Ana y Blanca lloran sin consuelo, Marta pide que seas tú quien la sigas subiendo en ascensor, Carlitos recuerda tus desvelos cuando se ponía malo y Casilda nunca olvidará las horas que compartisteis haciendo sopas de letras".— EDUARDO ERCORECA